La vida del Gran Capitán

Según una Historia de Córdoba, inédita, del siglo XVII, del Padre Jesuíta Alfonso García de Morales

(CONCLUSIÓN)

tilla nuevas sospechas y miedo, el Rey ordenó a muchos caballeros fuesen con el Duque de Alba y porque las cosas de Italia volvieran a mejor estado con la industria de Don Ramón de Cardona, le escribió el Rey católico sobreseyese de la ida, que no era menester. Fué para el Gran Capitán un dolor extraño, no tanto por lo que él había gastado, cuanto la gran cantidad de todos los que le acompañaron: despidióse de toda aquella nobleza con muchas lágrimas, usando con ellos de grande liberalidad, recogióse a Loja, donde pasaba la vida en gran soledad, esperando la muerte: bien descuidado estaba de lo que el Rey católico pensaba, que pretendía embarcarse en Málaga y envió a un capitán que anduviese sobre él a la mira de sus intentos y si se fuese a embarcar le prendiese, pero estaba tan descuidado de eso como apretado de unas cuartanas: para sanar de ellas le ordenaron los médicos se fuese a Granada, siguiéndole de secreto. En esta enfermedad le sucedió un caso prodigioso: estando durmiendo un día entraron dos Religiosos del hábito de la Victoria a pedir por él, estando solos en la sala la Duquesa, su mujer y su hija D.ª Elvira, que adelante lo contó a sus hijas y ellas a algunos padres de la Compañía; respondióles la Duquesa que posaba, dijo el más viejo: pues díganle que mañana vendré a verle. Llamó la Duquesa sus criados y preguntó si había entrado o salido por la sala donde ellos estaban dos Religiosos de tales señas, afirmaron que no, de donde colígeron era cosa del cielo: cuando se lo dijeron al Gran Capitán y le dieron señas de ellos, dijo: ese era mi gran amigo Fray Francisco de Paula, gran santo que no estaba entonces canonizado y há poquito que murió. El día siguiente dijo vendría a ver V. E.: en ese murió y sin duda el santo varón le vino a ayudar en su muerte: su castidad grande merecía le hiciese Dios esa merced: verse en el caso del ruin padre que le ofreció dos hijas suyas y castigándolo de palabra, sabiendo eran doncellas virtuosas las casó con dos señores de vasallos a quien perdonó las vidas y restituyó las haciendas con esa condición: y cuando le dijeron si no ofendía a Dios moriría en cierto achaque que tuvo, respondió más quiero morir que ofender a Dios. Esto refieren el Maestro Villegas, Fray Juan de Pineda: muchas son de buena vida la disciplina, silicio y un Cristo que se hallaron en un cofrecito en su muerte, donde pasaba sus ratos con este Señor en sus manos murió como católico y cristianísimo príncipe, año 1515 a 2 de Diciembre, recibidos todos los sacramentos. Sintió España su muerte ternísimamente y el Rey católico dió muestras grandes de dolor, vistiéndose él y la Corte toda de luto.

CAPÍTULO XXXXIX.

Loas del Gran Capitán.

Las honras del Gran Capitán, dice Zurita en el libro 10.º cap. 98, fueron tan grandes como había sido la fama de sus victorias y lo merecía la memoria del mejor capitán que hubo en diversos siglos, pues en la fortaleza y valor, en la noticia y experiencia grande que tenía en las cosas de la guerra y en la disciplina militar, en los consejos, en que fué muy cauto y prudente, en la aceleración y presteza en el acometer, fué tan excelente que se igualó con los capitanes más famosos que hubo en los tiempos pasados, de quien hoy queda memoria haber sido eminente en alguna de estas virtudes, siéndolo el Gran Capitán en todas.

El Padre Mariana, en el libro 30, capítulo 23, dice: murió el Gran Capitán a 2 de Diciembre, de 62 años de edad, varón admirable, el más famoso y venturoso caudillo, que de muchos años atrás, salió de España: la ingratitud que con él se usó acrecentó su gloria, que a muchos grandes personajes, con el discurso del tiempo, se les oscurece la claridad y fama que primero ganaron y el tiempo le quitó la vida, su nombre competirá con lo que el mundo durase.

Hernando de Herrera, sobre la egloga segunda de Garcilaso, dice así: D. Alonso de Aguilar, Sr. de Montilla y Aguilar y el Conde de Cabra, fueron esclarecidos por la excelencia de sus hechos, que no se valdrá de ellos el olvido, fatal calamidad de la grandeza humana y añade: más qué capitán crió Italia de mil años a esta parte y todo el resto de Europa que no fuese a servir y ceder al Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba, en prudencia, en liberalidad, en autoridad, en valor, en felicidad, en opinión y en excelencia de ánimo no vencido y sin temor. Y no merece menos gloria, aunque rompió últimamente su gloria con la miseria de su muerte la adversa fortuna, y cortó el curso de sus grandes hechos aquel fortísimo y robusto Conde de Alcaudete, D. Martín de Córdoba, temor y estrago de Africa.

Rebadericera libro 2.º del Príncipe Cristiano, dice así, cap.º 38: Este siglo ha florecido en las armas sobre muchos de los pasados, y producido a D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que con justo título fué llamado el Gran Capitán por haber conquistado y defendido el reino de Nápoles dos veces, con increíble valor, y haber sido maestro en el arte y virtud militar, de otros muchos excelentes capitanes que aprendieron de él y le siguieron, como fueron el Marqués de Pescara, el Marqués del Basto, los dos hermanos Próspero y Fabricio Colona, Antonio de Leiva, el famoso D. Ramón de Cardona, Don Hernando de Gonzaga, Príncipe de Malfeta; Andrea Doria, Príncipe de Melfi; Manuel Filiberto, Duque de Saboya; D. Fernando Alvarez de Toledo, Duque de Alba y otros que fueron capitanes generales en otras jornadas.

Escribieron la vida del Gran Capitán varios y graves autores, el Secretario Gmo. de Zurita se adelantó sobre los demás en verdad y grandeza de estilo, y el Padre Juan de Mariana en su historia general. Como maestro del buen lenguaje español Paulo Sobio y el Guiciardino, se excedieron asimismo en alabanzas de este Príncipe.

CAPÍTULO L.

Traslación que se hizo de los cuerpos del Gran Capitán y los Duques, su mujer, yerno e hija por el Duque de Sesa, su nieto, de S. Francisco de Granada a S. Gerónimo de la misma ciudad.

Depositaron el cuerpo del Gran Capitán en S. Francisco de Granada, entierro que fué de D. Luis de Córdoba, Sr. de Orgiva y ahora del Sr. de Luque, hasta que se acabase la Capilla mayor de S. Gerónimo de aquella ciudad, que no hay dos en España que le igualen en majestad, labor y grandeza: acabado el año 1552, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, Duque de Sesa y Conde de Cabra, su nieto; habiendo hecho traer de Italia el cuerpo del Duque D. Luis de Córdoba, su padre, yerno del Gran Capitán y de su madre Doña Elvira de Córdoba, que la una murió el año 1524 en Sesa, y el otro en Roma el de 1526: salió de Baena llevando en su compañía a D. Juan de Córdoba, deán de Córdoba, abad y Sr. de Rute, D. Gabriel de Córdoba, sus tíos y D. Pedro Fajardo, hijo primogénito del Marqués de los Vélez, su primo; D. Alonso de Córdoba, Sr. de Almunia, hijo de Don Fran.co Pacheco y D.ª María de Córdoba, su tía y nieto del famoso D. Alonso de Aguilar; D. Luis de Córdoba, hijo del Marqués de Comares; D. Juan de Córdoba, Sr. de Zuheros, con dos hijos suyos; D Iñigo de Córdoba, D. Diego de Córdoba, D. Gutierre de Córdoba, D. Pedro Núñez de Godoy y D. Pedro de Montalbo, caballeros todos principales de Córdoba: refiérelos el jurado Diego Ortiz Valdivieso, de Granada, en una relación que imprimió de esta fiesta, y con ellos, dice: fueron otra grande compañía de caballeros de toda Andalucía y diez alcaides de su Estado, caballeros de su casa y algunos señores, dignidades y canónigos de la Sta. Iglesia de Córdoba, con toda la música de ella. Iban los cuerpos en unas cajas cubiertas de paños ricos y en literas muy bien aderezadas: iban delante 30 clérigos con sobrepellices y 20 frailes a mula y con velas grandes y una cruz grande de oro que llevaban por guión todo el camino y 12 pajes delante de la cruz vestidos de luto: detrás de los cuerpos iba el Duque con todos los demás caballeros enlutados y criados, sin la gente de a pie que eran muchos: detrás iban 400 de a caballo: llegaron a Alcalá donde salió la nobleza de aquella Ciudad, cuya alcaidía fué de los Condes de Cabra a recibir los cuerpos con real aparato; dejando los caballos, entraron en la Ciudad los cuerpos en hombros de caballeros y los depositaron en el Monasterio de las monjas de la Santísima Trinidad en un túmulo muy alto que la ciudad hizo, donde las Religiosas hicieron los oficios aquella mañana siguiente, y a la tarde salieron por el mismo orden, llegaron a Illora, alcaidía del Gran Capitán, domingo 2 de octubre: predicó en los oficios un religioso de Sto. Domingo, grande predicador: estaba la Iglesia muy entapizada, los altares aderezados con mucha plata y brocados ricos, que liberalmente dió a su dha. Iglesia. Otro día, lunes, volvieron a las literas los cuerpos, recogiendo en otras los de D.ª María de Guzmán y D.ª Beatriz de Figueroa, hijas del Gran Capitán y de su mujer D.ª María Manrique: llegando a una legua de Granada, lunes, era tan grande el gentío, que, escribe el autor, parecía un hormiguero todo aquel espacio

desde el Fresno gordo hasta la Ciudad: salió el Corregidor Marqués de Cerralbo, 24os y nobleza de Granada, acompañaron los cuerpos hasta S. Fran.co, y siendo noche con más luz que si fuera de día, por las muchas hachas que había puestas y se llevaron en el acompañamiento: al sonido y doble de todas las campanas de la Ciudad, hacía compañía la música bien acordada: en un túmulo que estaba en medio de la Iglesia dejaron los cuerpos aquella noche en grande guarda: otro día se comenzó la más solemne procesión que creo vió España: iban delante las cofradías de la Ciudad con más de 400 hombres, todos a costa del Duque de Sesa, y 30 pobres vestidos de luto con hachas en las manos, luego la cruz de la Iglesia mayor y tras ella más de 450 religiosos y muchos clérigos con velas grandes y gruesas, después los capellanes reales y Cabildo, con tres diversas capillas: la Real, la del Duque y la de la Iglesia mayor: después le seguían ocho cajas de cuerpos llevados en hombros de religiosos. Las cajas de las dos hijas del Gran Capitán y de dos nietos niños; iban cubiertas de paños de tela de plata con cruces ricamente obradas y unos ramos de palma en señal de virginidad: luego le seguían los cuerpos del Duque D. Luis y D.ª Elvira su mujer y yerno del Gran Capitán, cubiertas las cajas de paños riquísimos de brocado: delante de los cuerpos de la Duquesa de Sesa, D.ª María Manrique y de su marido el Excmo. Gran Capitán, cuyas cajas iban cubiertas de paños de riquísimo brocado, iba un caballero muy venerable de Jaén, llamado Juan Peláez de Berrio, que había sido su gentil hombre y valeroso soldado en las guerras de Nápoles, y el primero que entró a Castilnobo: llevaba en la mano el estoque del Gran Capitán con que ganó tan ilustres victorias: era la cruz, manzana y empuñadura de oro, y la guarnición de la vaina de plata de martillo dorada: seguíase después de los cuerpos, el Duque de Sesa y Conde de Cabra, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, llevando a su mano otra al obispo de Avila, Presidente de la Chancillería real, con todos los señores de ella, oidores, alcaldes, oficiales, alguacil mayor, con todos los oficiales: a su lado, siguiendo los tres inquisidores, y con ellos en procesión muy ordenada, los caballeros de Córdoba y su tierra, que eran muchísimos, fuera de los referidos arriba, y el Marqués de Cerralbo y todos los caballeros y 24.os de Granada: acompañamiento lucidísimo. Estaban las calles ricamente aderezadas, como se suele hacer en fiestas solemnísimas; ellas y las ventanas, tejados, llenas de gente común y señores principales de Andalucía: salieron de San Francisco con esta orden y llegando a la Plaza Nueva, pusieron los cuerpos en un túmulo que allí estaba hecho, cuadrado, ocho estados en alto, pintado de blanco y azul con las armas en las esquinas, de las Casas de Córdoba, de Aguilar y Baena: estribaba en cuatro columnas una hermosa media naranja: en medio del túmulo estaba un estrado con sus gradas cubierto de paños ricos de carmesí pelo y de rico carmesí y damasco con sus cenefas de hilo de oro: en las cuatro esquinas estaban cuatro escuderos con sus bordones en las manos, guardándolo de la gente popular: al son de las campanas de toda la Ciudad, cantaron las capillas diversos motetes fúnebres; y habiendo descanzado un buen rato, volvieron a proseguir su viaje: y llegando a la puerta de la Iglesia mayor, descanzaron, cantando la música sus responsos, poniendo los cuerpos en otro túmulo llano cubierto de brocado: pasaron hasta la puerta de S. Gerónimo donde había otro túmulo como el de la Plaza Nueva; pero el que estaba hecho en medio de la Capilla mayor de San Gerónimo, era mejor que los ya dichos: tenía de altura 15 estados; en redondo, 200 pies, fundado en cuatro columnas muy gruesas plateadas; dentro de ellas, un cercado de verjas plateadas, y en medio de él un estrado cubierto de paños de oro y brocados excelentísimos: encima había otro alto como castillo o chapitel muy bien tablado y pintado; colgando de él, muchas banderas, estandartes y guiones, sin otros muchos que estaban tendidos en lo alto de la Capilla mayor, como hoy se descubren, haciendo una vista agradable: a las cuatro esquinas, cuatro estandartes de las armas del Gran Capitán y la

Duquesa, su mujer, que las abrazaba un águila, divisa de la Casa de Aguilar. En la concavidad del túmulo estaba una tumba cubierta de un repostero de color plateado, bordado de oro y plata con las armas de la Casa de Córdoba, y encima un almete o yelmo riquísimo con su penacho; y sobre el último chapitel del túmulo, el estandarte real que le dieron los Reyes Católicos cuando fué por Capitán general del Reino de Nápoles: en el frontispicio del primer estrado estaban dos escudos de armas: el de la mano derecha, era de este valeroso Príncipe y de su mujer; y el otro, de los Duques de Sesa y Condes de Cabra, sus hijos, y encima de los dos, dos estandartes ricos: uno de las armas del Gran Capitán, y otro que tenía dibujado en medio el nombre santo de Jesús y María y escritas estas letras: dirige domine cor meum in prelio et doce manus in bello: el mismo letrero estaba en el que tenían las armas: estos dos, refieren sus soldados, eran los que llevaba consigo en las batallas: había guiones, muchos franceses, y estandartes reales de seda; la mayor parte de ellos se ven hoy día en la dha. Iglesia, que estaba toda entapizada, principalmente la Capilla mayor, de una tapicería muy rica de oro y plata y seda del Duque de Sesa, con historias de la Sagrada Escritura: en lo alto de la capilla de un postel a otro corrían unas banderillas plateadas, de manera que toda la capilla se andaba en torno y en todas ellas estaban fijadas velas de cera blanca con muchos blandones de plata con hachas, sin las que el cuerpo de toda la Iglesia, cercaban el Altar mayor colgado de alto abajo de telas de oro y plata bordados y de carmesí pelo; a los lados había algunos letreros que decían: aquí yace el invencible Gran Capitán D. Gonzalo Fernz. de Córdoba y Aguilar, Duque de Sesa y de Terranova y Adria y de Santangel, marqués de Vitonto, Gran Condestable de Nápoles; pocos son cuatro títulos de Duque y uno de Marqués, para quien tanto dió y adquirió para su Rey. Entraron con grande solemnidad y música por la Iglesia y puertas, los cuerpos en el estrado principal, dando los dos mejores lugares a los que merecieron el mejor de España: por ser ya de noche, dejándolos en guarda se recogieron a sus casas.

El día siguiente fué mayor el concurso y aplauso de la fiesta, recogiéndose la ciudad toda en el templo y casa de S. Gerónimo y todas las Religiones, comenzaron a decirse misas bien de mañana: comenzóse la mayor de requiem, no se puede decir con la autoridad, majestad y música que se celebró: predicó en ella D. Fray Martín de Córdoba y Mendoza, insigne predicador de la orden de Sto. Domingo, tío del Duque de Sesa, que adelante fué obispo de Tortosa y después de Córdoba, su patria: fué el sermón como se pudo desear.

Acabado el oficio y responsos se hizo un auto ante escribano, que de ello dió fé, entregando los cuerpos cada uno de por sí: abrieron la caja donde iba el cuerpo del Gran Capitán: llegó descubierto el Duque y besóle la mano con sentimiento de hijo; y después de él, D. Alonso de Córdoba, Sr. de Almunia, y D. Gabriel de Córdoba, Sr. de Alhendín, a cuyo cargo estuvo el peso de esta solemne fiesta, que se acabó con el aparato y majestad que se comenzó: hubo en la Iglesia muchos y varios versos, no faltando Juan Latino, honra de Baena, dando el reconocimiento que debía en ellos, hombre de grande ingenio y rara discreción y cortesía; aventajado músico, excelente latino y poeta, maestro en artes y catedrático en la Universidad de Granada: dióle libertad el Duque de Sesa cuando niño, espantado de su rara habilidad, y así quedó siempre agradecido a este Gran Señor.

Tratando de esta Capilla mayor y entierro del Gran Capitán el Padre Fray José de Sigüenza en el tomo 3.° de su curiosa y bien escrita historia de la Religión de S. Gerónimo, libro 1.° cap. 10, dice así:

«A la hermosura del claustro y cuerpo de la Iglesia de S. Gerónimo de Granada se le añadió la Capilla mayor, que sin hacer agravio a todo lo de aquel tiempo y aún a lo mejor de éste, siempre se exceptua a S. Lorenzo el Real: es lo mejor de España. Al tiempo

que se comenzaba a labrar, estando levantada cerca de dos estados de su planta, la Duquesa de Sesa y Terranova D.ª María Manrique, mujer de aquel famoso D. Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sesa y Terranova y Santangelo, conocido de todas las naciones del mundo por sus hazañas y por la debida aclamación de Gran Capitán, sin que en esto, como algunos quieren, tenga lugar la arrogancia española: esta señora pidió al Emperador Carlos V, como a patrón del Convento de Granada, por haber sido fundación de los Reyes Católicos, sus abuelos, se hiciese merced de aquella capilla para entierro del Gran Capitán, su marido, y suyo y de sus sucesores: el Emperador holgó de hacer esta merced al difunto, que deseaba tanto tener vivo y le pareció bien empleada aquella joya que sus abuelos estimaron en mucho, en quien supo servirlos tanto. Comenzó luego la obra a mucha furia: tuvo para ella el mejor arquitecto que entonces había en España, que se llamó Silve, el primero que con su buen juicio pretendió resucitar la nobleza de este arte: era amigo de cargar de foltajes y figuras como se ve en esta fábrica y en la de la Iglesia mayor de aquella Ciudad: imitó el orden Corintio. Es este entierro una de las más ilustres cosas que tiene España y para el más digno Príncipe y singular caballero de nuestros tiempos: está allí sepultada su mujer, el Duque D. Luis, su yerno y Doña Elvira, su hija y su nieto D. Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sesa, que tanto procuró imitar a su abuelo: dotó la Duquesa noblemente la Capilla y tiene el convento por ella, el cortijo que llaman de Ansula que vale más de mil fanegas de pan de renta: vino al fin nuestro Gran Capitán a reposar en la orden de S. Gerónimo como lo había pretendido desde mancebo cuando fué a pedir el hábito a nuestra casa de Córdoba, si se lo quisieran dar, como dije en la vida de aquellos Santos. El Papa Clemente 7.º dió sus letras plomadas de oro, concediendo grandes indulgencias a los que en esta Capilla encomendasen a Dios el alma del Gran Capitán y sus difuntos, concediendo todo lo que se gana dentro y fuera de los muros de Roma, cada día, y tres jubileos plenísimos en el año, día de la Natividad de N.º Sr., Asunción de N.ª Señora y fiesta de N.º Padre San Jerónimo, y en los días de los aniversarios que se hacen por su ánima, remisión de pecados y otros mil favores y gracias porque en todo fuese ilustre esta Capilla. Dejóle muchas reliquias a la Casa y entre ellas un Niño Jesús de bulto que le estiman en mucho los Religiosos: dejemos la principal que es ser Imagen de Cristo N. Sr., y por haber sido del Gran Capitán y en quien tuvo particular devoción y por ser una de las cosas más bien tratadas y entendidas que se han visto en escultura. Viéndola el Padre Fray José de Sigüenza, dice: se le erizó el cabello porque estaba tan al vivo, que pensó que le hablaba tan acertada fué la encarnación y el colorido.

Y en la historia general de S. Benito, escrita por el Padre Maestro Fray Antonio de Yepas con la curiosidad y verdad que se sabe, puédese llamar a boca llena historia, en la centuria 1.ª, capítulo 5, dice así:—Dícese también del Gran Capitán que en tiempo de nuestros abuelos en el cerco de Barleta, se vió muy afligido, y una noche se encomendó muy de veras a S. Benito de quien fué devotísimo, el Santo se le apareció animándolo, dió palabra de ayudarle y le certificó de la victoria que alcanzó en el Garellano, principio de hacerse Sr. del Reino de Nápoles, y le pidió que en reconocimiento de este favor y merced que le hacía, fuése después al Monte Casino y diese orden como se uniese con la congregación de Sta. Justina, que entonces se reformaba en Italia. Otro día mandó el Gran Capitán le llamasen un monje de S Benito, vinieron dos Olivetanos, que visten blanco, desconocíolos, diciendo no le había aparecido el Sto. en aquel hábito: llamaron otros dos de S. Severino de Nápoles, que son monjes negros de S. Benito, y viéndolos, dijo: este es el hábito con que vi yo vestido a S. Benito; trató con ellos y comunicó la revelación y vino a alcanzar lo que el Sto. le pidió.

Miguel Angel Ortí Belmonte.